

DIOS Y RELIGION

(Del libro *Educación Nacional*)

Santo y terrible es el nombre de Dios. Grabado en lo más profundo del corazón de los hombres no hay un sólo lugar de la tierra en donde no se le tribute el debido homenaje. Por eso el salvaje le érige un altar, o en lo más hondo de los bosques, sobre el tronco de un árbol, o en las más empinadas cumbres, entre las hendiduras de una roca, o en medio de las llanuras sin límites, sobre una piedra solitaria. Un día de los primeros de la creación, un ángel con flamígera espada en la mano, arrojó del paraíso al hombre por su desobediencia, y desde entonces ese miserable peregrino, que lleva una centella divina en la frente, por lejos que se halle de la tradición primitiva, recuerda en sus cantos religiosos y tristes aquella hora infortunada.

Todos los diversos cultos de las naciones no son otra cosa que sagradas manifestaciones del hombre hacia la divinidad, y desde este punto de vista todos nos inspiran respecto, por extraviados y absurdos que sean sus ritos y creencias. No hay una idea más grandiosa y fecunda que la de Dios, y sin embargo no hay tampoco ninguna que con más facilidad se clave y perdure en el alma de los pueblos. Tanto para el bárbaro como para el filósofo, la obra del Sér Supremo se columbra así en la gota de rocío que se balancea sobre el estambre de las flores como en los luminares infinitos que decoran los cielos, y lo mismo en el movimiento de las hojas que en la armonía de los astros.

Un pueblo sin ninguna idea de Dios sería un imposible, como imposible sería también una agrupación cualquiera de hombres sin fundamentos religiosos, porque es sobre éstos sobre los que se sustentan las cos-

tumbres, la moral, la literatura, las artes y las mismas instituciones políticas. Lo que sí sucede es que con el transcurso de los siglos se desfigura, ensombrece y aun bastardea de su puro y pristino origen la verdadera idea de Dios, y su culto noble y sencillo degenera hasta en prácticas terribles y sangrientas.

Según los climas, los usos y costumbres y las tradiciones y leyendas de cada pueblo, la idea de Dios ha sufrido en los diversos tiempos y países transformaciones muy extrañas; pero en el fondo de todo mito religioso quedan latentes las grandes y luminosas verdades que constituyen el tesoro común de la humanidad, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la sanción de la justicia eterna más allá de la muerte.

Bajo la emblemática figura de los animales sagrados de Egipto ocultaba la religión de ese pueblo misterioso verdades de muy profundo sentido. La creencia en la inmortalidad del alma, en el juicio de ultratumba y en la resurrección de los muertos, constituyen la base sólida e inmutable de la religión de Egipto. El arte funerario, que supone la persistencia del espíritu, en ninguna otra parte ha alcanzado tan grandes y solemnes proporciones. Siglos y siglos las momias han dormido bajo las mismas pirámides su sueño indefinido, y ha sido preciso la civilización moderna, ante cuya pica gigantesca nada se detiene, para que los curiosos y profanos sacerdotes de la ciencia hayan logrado interrumpir el descanso grandioso de los Faraones.

La India con sus ríos inmensos, sus dilatadas llanuras y sus montañas que tocan al cielo, no pudo formarse una idea precisa y clara de la divinidad, y atónita ante lo gigantesco más que regocijada con lo bello, ha sido la cuna de las religiones panteístas. El hombre allí se siente como aplastado bajo las poderosas fuerzas de la naturaleza, y sólo concibe la vida y la esencia de

los seres como gotas de agua que salen del océano divino y vuelven a él con ritmo incesante. Pero no por eso dejó de elevarle a Dios templos de singular arquitectura.

Muy al contrario, el grupo helénico, bajo un cielo siempre azul y sereno, con un clima medio, a la falda de montes regulares y con un mar cubierto de islas encantadas, se formó muy en breve la idea de la fácil proporción y la bella armonía. De este concepto nació una religión risueña, dulce y humana, que pobló los bosques de driadas, las fuentes de nereidas y el océano salado de divinidades marinas. Todas las potencias de la naturaleza encontraron contorno luminoso y forma precisa. Personificó en Urano el cielo azulado, en Neptuno las diáfanas profundidades del océano, en Diana el astro de las noches estrelladas y en el flechador Apolo el sol resplandeciente; y por encima de todo colocó a Zeus, envuelto en las tinieblas de nubes tempestuosas, lanzando el trueno con su mano chispeante, haciendo temblar con sus relámpagos la naturaleza entera y llenando de terror las almas de los infelices mortales. Zeus es la justicia ineluctable e irresistible.

Poco a poco los artistas y poetas fueron dando forma real y determinada a estos diversos símbolos de los fenómenos naturales, y con el correr del tiempo fue tomando vida inmortal en el mármol toda esa corte de dioses a quienes la humanidad ha rendido tributo y considerará siempre como escala luminosa hacia la belleza ideal y eterna. Y hay que tener en cuenta que estas divinidades terrestres, con sus variados atributos, guiaron durante una larga época el destino de los hombres y constituyeron el lazo moral y político de la confederación helénica. Los pueblos jóvenes de Grecia vivieron, sí podemos decir así, la vida de sus propios dioses, que no eran para ellos, como para nosotros, meros símbolos

incapaces de influir en nuestras determinaciones. El pastor que de súbito sentía estremecer las hojas de los árboles recostado a la sombra del Himeto o del Pindo, creía con verdad que Diana había pasado con su cortejo de ninfas, y los votos que le hacía a deidad tan vengativa eran humildes y sinceros.

Fue la obra de los pensadores y filósofos la que hizo vacilar y derrumbó al cabo, con la marcha destructora del tiempo, la fe de los antiguos pueblos y sus más arraigadas creencias; y así Sócrates estaba muy lejos de pensar sobre los mitos como los sencillos contemporáneos de Hesíodo u Homero, para quienes los dioses y las diosas vivían en plácida comunión con los hombres.

El piadoso culto que el pueblo romano le rindió a sus dioses; el respeto profundo a las tradiciones nacionales, el reverente amor a las deidades protectoras del hogar y de la ciudad, fueron la base principal del engrandecimiento de ese pueblo, hasta el día en que las teorías escépticas y pesimistas de los hombres influyentes de la república echaron a un lado las creencias más sagradas y benéficas.

Pero ni en Egipto, ni en la India, ni en Grecia, ni en Roma se llegó por un momento a afirmar que el hombre pudiese vivir sin religión ninguna. Todos los cultos, por apartados que parezcan de la verdad, tienen por denominador común las ideas morales, y sólo cuando éstas se llegan a desquiciar es cuando aparecen, entre los griegos el relajamiento de las ideas estéticas que los condujo a vicios en extremo vergonzosos, y en Roma la corruptora rapacidad de los emperadores y procónsules (1).

En la sencillez de las civilizaciones primitivas la impiedad fue siempre castigada como un gran delito. El culto religioso hacía el principal papel en la marcha del es-

(1) V. Ruiz Amado—*La educación moral.*

tado; era la base misma del patriotismo, y cuando el pueblo se extraviaba, los escritores antiguos de todos los tiempos apelaban, para confortarlos y darles aliento y energía, al recuerdo de las viejas creencias en que crecieron, se fortalecieron e hicieron grandes sus antepasados. La sentencia de muerte dictada contra Sócrates no tuvo otro fundamento que su aparente irreligiosidad, y bien sabemos que la *prisca virtus* romana fue la regla de conducta que sirvió a los hijos de los adustos patricios para observar una vida recta y llena de severo decoro.

Sin embargo, en las postrimerías de la república el quebranto y olvido de las primitivas creencias fueron la causa de la rápida decadencia del pueblo romano. Los descendientes de las más nobles familias de Roma se tornaron escépticos y burlones. En tanto que Cicerón se reía de las religiones populares, de sus fábulas y sus ministros, el viejo Varrón sostenía que los oráculos no dejaban ya oír su voz aterradora en las florestas, y César, gran pontífice, negaba la inmortalidad del alma nada menos que en pleno Senado.

Cuando se relajan los vínculos religiosos por fuerza se han de relajar los vínculos sociales, y como resultado sobreviene la ruina de los pueblos más vigorosos y sanos. Además, las religiones antiguas, minadas por la filosofía e impotentes para dar respuestas categóricas y definitivas a los múltiples problemas del espíritu humano, estaban imposibilitadas para continuar rigiendo la conciencia de los hombres. Ello es que en los últimos años del reinado de Augusto se sentía una inquietud suprema en el mundo. Tanto las clases dirigentes como las muchedumbres ignorantes esperaban un acontecimiento extraordinario. *Novum seculum oritur*, decía Virgilio. Era que en la pavorosa vorágine de la corrupción romana, ya nada quedaba en pie de la vieja reli-

gión, y en medio de la catástrofe general todas las gentes de la tierra esperaban un Salvador, unos, como los judíos, confiando en el cumplimiento de las profecías, y otros como oyendo una incógnita voz interior que les anunciaba la hora próxima de la redención humana.

Y fue a la media noche, reinando en el mundo el emperador Augusto, cuando el Niño Dios nació en un establo de Belén, donde lo dio a luz su madre María, el año 747 de la fundación de Roma. Tuvo por cuna unas pobres pajas y un buey lo calentó con su aliento. Rodeáronlo unos cuantos pastores con sus rebaños de corderos, y tres reyes, guiados por una estrella misteriosa, llegaron y le ofrecieron incienso, oro y mirra. Pasó los primeros años de su vida en el taller de carpintería de José, su padre putativo, y a los treinta años de edad Jesús comenzó su predicación bajo el emperador Tiberio. Sólo duró tres años su vida pública, y todas sus divinas pláticas a penas alcanzarán a veinte páginas, dice un ilustre escritor. De su aldea nativa a Jerusalén; de Jerusalén a otros bellos lugares de Palestina, acompañado siempre de unos ignorantes e infelices pescadores a quienes encontró en sus primeras peregrinaciones, el maestro divino fue por donde quiera enseñando su doctrina celestial, confirmando su divinidad con milagros y confundiendo a los falsos doctores de la ley, escépticos unos e hipócritas otros. El día en que el Señor predicó el sermón del monte, a las risueñas orillas del lago de Tiberíades, la humanidad oyó por primera vez palabras que jamás había oído ni imaginado nunca; y desde ese día en adelante, hasta que padeció muerte de cruz, de los divinos labios de nuestro Salvador fueron brotando los torrentes de luz y verdad de que estaba sediento el linaje humano.

Con la vida, las enseñanzas e inefable muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se fundó el orden moral so-

bre bases inmovibles; se le dio por fundamento a la igualdad cristiana la proclamación del dogma de la caridad y del perdón universal, y con ellos se echó una dulce cadena de hermandad entre los hombres. Se afianzaron y suavizaron los recíprocos derechos y deberes entre los que mandan y los que obedecen; se establecieron solícitas relaciones entre el esclavo y su señor, y se le dio al dolor un alcance divino. Con el dogma de una Virgen Madre, se coronó a la inocencia de místicas flores y a la Madre de Dios se elevó a la categoría de coredentora del linaje de Adán; se recató el matrimonio entre una suave penumbra de excelsas virtudes; fueron escogidos los pobres para la aristocracia de las milicias del Señor y se aplazó para ante la justicia Eterna el fallo definitivo sobre las acciones humanas. En suma, la vida tuvo objeto, y la muerte consue-los, el corazón encontró su centro y la razón un eje inmutable, y para hablar con el lenguaje moderno, se revaluaron todos los valores religiosos y se restableció el equilibrio entre todas las fuerzas morales.

Hacia los más remotos puntos del globo marcharon luego a pregonar la nueva ley los doce discípulos de Jesús, iluminados de súbito por el Espíritu Santo, y a la inefable doctrina del Redentor divino se acogieron desde el primer instante todos los desventurados y miserables de la tierra. Esta doctrina, por otra parte, se propagó con tan extraordinaria rapidez, que a penas muerto el Salvador los cristianos ya se extendían por distantes ciudades, se mezclaban con las multitudes anónimas del foro romano, se deslizaban bajo los pórticos de los palacios y se recataban en las basílicas de los emperadores. Vino en seguida la más violenta e injusta persecución que registran los siglos, y durante trescientos años los circos, las plazas y los teatros presenciaron el sacrificio de millares de jóvenes, ancianos, mujeres y niños que pe-

recieron con valor sin ejemplo, y al fin el cristianismo, salido de las catacumbas, alcanzó el triunfo, después de que habían dado testimonio de la verdad diez y ocho millones de mártires, todos los cuales, según la expresión de un grande escritor, habían trabajado por la libertad de la conciencia humana.

Tal es la celestial religión que a través del océano nos trajo. Colón, acompañado de unos cuantos aventureros castellanos, con los cuales vinieron también a las opulentas soledades americanas los ilustrados, valientes y santos misioneros españoles, quienes, con una cruz en la mano como sólo medio de civilización, le devolvieron a Cristo, por designio admirable, los millones de fieles que la reforma le había arrebatado a la Iglesia católica; y si no hubiera sido por el estado semibárbaro de los conquistadores, que por su sed de oro degollaban, sin razón ni misericordia, tribus enteras de indios infelices, la obra del clero peninsular en la América hubiera sido más rápida y bienhechora.

No debemos perder de vista en este momento que España, después de ocho siglos de lucha incesante, había arrojado para siempre a los moros de la península, con la conquista de Granada, y que la fe de aquel pueblo había llegado al ápice de su piadosa exaltación. Esta fe pura, ardorosa, profunda y sincera fue la que los misioneros españoles le inculcaron a los dóciles y sencillos habitantes de América, los cuales se mostraron prontos a recibir las enseñanzas evangélicas. La dulce doctrina de Jesús se oyó entonces en donde antes sólo se oía el rugido del león o el estrépito aterrador de inmensas cataratas, temidas del salvaje. En dondequiera que plantó su tienda un conquistador elevó la cruz un misionero sobre el techo de una cabaña, y empezó su tarea civilizadora con el entusiasmo único de los apóstoles cristianos. Desde ese tiempo para acá todo fue ca-

tólico en la América latina: el templo, la escuela, la universidad, el libro, el hospital, el orfanato, los caminos, las casas municipales, los puentes. Hasta en los más remotos lugares nos dejó España el recuerdo imperecedero de su colosal y portentosa obra, y de la madre patria hemos heredado nuestros bríos, nuestras costumbres, nuestro espíritu batallador, nuestras leyes, nuestras aspiraciones, y en resumen, todo el aparato de nuestra educación, inbuída en el más acendrado concepto católico.

Y tal vez no sea aventurado afirmar que entre las repúblicas que constituyen el vasto continente iberoamericano, Colombia es sin duda la que heredó de una manera más fuerte algunos de los sobresalientes caracteres de la raza española, y entre todos ellos se destaca el culto noble y ferviente que le profesa a la religión de sus antepasados. Catolicismo ardoroso es lo que mamamos en la cuna, catolicismo de la más pura ley es lo que aprendemos en el regazo materno, catolicismo respiran todas nuestras tradiciones y leyendas, catolicismo es toda nuestra vida y catolicismo es la sangre de nuestras venas y el fuego de nuestras ideas. Por eso los legisladores, filósofos y pedagogos que intenten menoscabar las arraigadas creencias del pueblo colombiano, tratan por lo mismo de destruir y desfigurar el distintivo más prominente de su idiosincracia.

Las ideas heterodoxas francesas no penetraron en Colombia sino al fin de la Colonia, en las obras de los enciclopedistas llegados de la península tal vez por los tiempos de Carlos III, o un poco después; pero sea como se quiera, es lo cierto que un oficial de los de la misma guardia del virrey Ezpeleta fue el que le facilitó a don Antonio Nariño la historia de la Asamblea constituyente de Francia, en la cual estaban *los derechos del hombre*. No escaseaban tampoco en la bi-

blioteca de don Antonio Nariño las obras de Voltaire y de Rousseau, y en algunos números de *La Bagatela* se nota el fino volterianismo del ilustre Precursor. «Las ideas filosóficas revolucionarias, dice el bueno de don José María Groot, habían pasado de la otra parte de los mares a esta, como pasan las pestes en las cobijas de los fardos.»

Los grandes hombres de la independencia colombiana eran todos católicos sinceros, como el general Santander, que ordenó se le amortajara con el hábito de San Francisco; y si algunos dieron ciertas muestras de poco apego a la religión de los conquistadores peninsulares, se debe, sin que nos equivoquemos, al insólito ardor de una lucha gigantesca, en la cual los beligerantes españoles invocaban la fe católica como opuesta a las incontenibles huestes de la guerra magna.

Fue a partir del primer tercio del siglo pasado cuando se inició en Colombia una tenaz y persistente lucha entre unos pocos seudofilósofos y demagogos resueltos a quitarle a la nación sus más puras creencias, sin hallar con qué reemplazarlas, de un lado, y de otro los numerosos y gallardos adalides de las enseñanzas tradicionales. Claro está que los primeros merecen el nombre de tiranos, porque tiranía es, y de las peores, la que se pone en rebelión contra las ideas religiosas de un pueblo, las cuales, por ley sociológica e histórica, son el alfa y el omega de todas las civilizaciones.

La obra política del doctor Núñez fue obra de simple rectificación social y religiosa. Consistió ésta principalmente en restablecer el equilibrio entre las instituciones y las creencias, costumbres y tradiciones nacionales. Con el estatuto liberal se había perdido el centro de gravedad de las ideas de gobierno, y el sabio legislador enderezó su natural eje de rotación.

La *Reforma Política en Colombia* señala el punto culminante a donde debían convergir las fuerzas de la república para implantar una autoridad firme y respetada de todos, y pone en relieve las grandes proporciones que alcanzó la campaña que hubo de sostenerse en el campo luminoso de las ideas para conseguir los patrióticos fines que se propuso el eximio doctor. Esta batalla fue incruenta y vigorosa, como son todas las que encarnan un gran pensamiento y una gran transformación, y la guerra del 85 a penas fue un mero corolario de una gloriosa batalla ganada de antemano.

El acto de más auténtico despotismo que cometió el sistema federal fue la violencia que se hizo a los hogares católicos a fin de conducir a los niños, quisieran que no quisieran sus padres, a las escuelas primarias *inconfesionales*, que no de otra suerte eran estas escuelas en que estaba prohibida la enseñanza de la doctrina cristiana. La escuela *inconfesional* no ha podido establecerse de una manera firme ni aun en Prusia, y a ella han tendido todos los partidos radicales como el ideal de la instrucción primaria. Lo que más se ha logrado en esta materia difícil y delicada ha sido el implantamiento de la escuela *neutra*, que en definitiva es también una escuela *inconfesional*. El resultado de aquel absurdo acto de insensatez radical fue la guerra de 1876, en que aparentemente quedó vencido el partido conservador, pero en que, como consecuencia última, los vencidos fueron los vencedores.

Nuestro Estatuto de 86 declaró que la religión católica, apostólica, romana, es la de la nación, y que, como lógica resultante, la instrucción pública se dirigirá de acuerdo con aquélla. La Constitución no hizo con este solemne reconocimiento sino consignar un hecho evidente por sí mismo, y con ello restableció la paz de las conciencias. Cualquier facción o partido-

político que en Colombia prescindiera del elemento religioso en las escuelas y colegios, comete un acto de violencia contra las masas creyentes de la nación, que forman su gran mayoría, y se pone desde luego en contradicción con los mismos hechos. *En Colombia somos católicos hasta los que no somos*, dijo el año pasado en plena Cámara de Representantes don Ricardo Tirado Macías, uno de los más auténticos exponentes del escepticismo elegante, risueño y volteriano que domina en el elemento joven del partido liberal. Y esta afirmación constituye una verdad de tomo y lomo.

La especie de prescindencia artificial de Dios en la instrucción pública es un infantil desatino que suele producir en los pueblos catástrofes tan grandes como la revolución francesa. El hombre no puede deshacerse nunca de la idea de *dependencia*, sin que esto produzca un trastorno en las ideas morales. La religión es la que nos da las últimas soluciones sobre los grandes problemas de nuestro origen y nuestro destino después de la muerte; y si uno de los objetivos principales de la educación consiste en transmitir las ideas de cultura que han sido el patrimonio moral de nuestros antepasados, mal podríamos echar a un lado la herencia religiosa de la serie de generaciones que nos han precedido, todas creadas en el temor de Dios y animadas a su celestial influjo para las gloriosas conquistas de la civilización moderna.

Si queremos hacer nobles y fuertes a las generaciones venideras, trabajemos por que en ellas marchen unidos la fe religiosa y el adelanto científico, y combatamos por hacer de los jóvenes cristianos a carta cabal y y sinceros servidores de la república.

LUIS MARÍA MORA

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico